

¿Cómo dejar, pues, de creer que el paganismo pudo equivocarse acerca de una idea tan universal y fundamental como la de los sacrificios, esto es, la redención por medio de la sangre? El género humano no podía adivinar qué sangre necesitaba. ¿Qué hombre abandonado a sí mismo podía sospechar la inmensidad de la caída y la inmensidad del amor reparador? Y no obstante, cada pueblo, confesando más o menos claramente esta caída, confesaba también la necesidad y naturaleza del remedio.

Tal fué constantemente la creencia de todos los hombres, modificada en la práctica según el carácter de los pueblos y de los cultos; pero apareciendo siempre el principio. Hállanse de acuerdo especialmente acerca de la admirable eficacia del sacrificio voluntario de la inocencia, que se ofrece por sí mismo á la Divinidad como víctima expiatoria, porque siempre los hombres dieron mucho valor á aquella sumisión del justo que acepta los sufrimientos; así que Séneca después de su famoso dicho: *Ecce par Deo dignum, vir fortis cum mala fortuna compositus*, añade en seguida, *utique si et provocaverit* (1).

En apoyo de la teoría y de la tradición podría aducirse aquí la experiencia, pues que los cambios más felices verificados entre las naciones, han sido casi siempre comprados con sangrientas catástrofes, de las cuales ha sido víctima la inocencia.

Si se conociese la historia de las familias como se conoce la de las imperios, nos daría campo para hacer muchas observaciones de igual género: descubriéndose por ejemplo que las familias que más han durado son las que más individuos han perdido en las guerras. Un antiguo diría: « Á la tierra, á los infiernos bastan estas víctimas (2); » hombres más instruidos podrían decir: « El justo que da su vida en sacrificio tendrá una numerosa posteridad (3). » La guerra, inagotable asunto de reflexión, confirmaría bajo otro aspecto la misma verdad, pues que los anales de los pueblos unánimemente nos enseñan que este azote se ceba con un furor proporcionado á los vicios de las naciones, de manera que cuando hay delitos hay sangre: *sine sanguine non fit remissio* (4).

La redención es idea universal: siempre y en todas partes se creyó que el inocente podría pagar por el culpado (*utique si et provocaverit*); pero el Cristianismo rectificó esta idea y mil otras que, aun en su estado negativo, le habían dado el testimonio más decisivo. Bajo el imperio de esta ley divina, el justo (que no se cree nunca tal) procura todavía acercarse á su mo-

dum opera tua. Salm. LXXX. *Quis in nubibus aequabitur Domino, similis erit Deo in filiis Dei?* Salm. LXXXVIII. *Qui facis mirabilia solus.* Salm. LXXI.

(1) De Providentia, II.
(2) Sufficiunt diis infernis, terraque parenti. JUVEN. VIII, 257.

(3) Qui iniquitatem non fecerit... si posuerit pro peccato animam suam, videbit semen longævum. ISAIAS, LIII.

(4) Ad Hebr. IX, 22.

delo por lo que toca á pa lecimientos: se examina, se purifica, hace sobre sí mismo esfuerzos que parecen sobrehumanos para obtener por fin la gracia de poder *restituirla lo que no ha robado* (1).

Pero el Cristianismo, afirmando el dogma, no lo explica á lo ménos públicamente, y vemos que las raíces secretas de esta teoría ocuparon muy pronto á los primeros iniciados del Cristianismo.

Merece oírse á Orígenes sobre este interesante punto que meditó mucho. Era opinión en él conocida que « la sangre que se derramó en el Calvario, no solo fué útil al hombre, sino también á los ángeles, á los astros y á todas las criaturas (2). » Esto no debe admirar al que recuerda que San Pablo decía: « Que plugo á Dios reconciliar todas las cosas por medio de Aquel que es el principio de la vida y el primer mógenito de los muertos; habiendo purificado con su sangre derramada sobre la cruz todo lo que hay en la tierra y en el cielo (3). » Y realmente si todas las criaturas *gimen*, según la profunda doctrina del mismo apóstol (4), ¿por qué no debían ser consoladas? El grande y santo adversario de Orígenes nos afirma que al principio del siglo V de la Iglesia era una opinión admitida que *la redención pertenecía tanto á la tierra como al cielo* (5). San Juan Crisóstomo no dudaba que el mismo sacrificio, continuado hasta el fin de los tiempos y celebrado cada día por legítimos ministros, obrase igual efecto en todo el universo (6). También Orígenes daba al efecto del grande sacrificio tan inmensa latitud.

El apóstol nos enseña que esta doctrina se halla ligada con los misterios celestes, cuando dice: « Fué necesario que lo que solo era figura de las cosas celestes, fuese purificado por la sangre de los animales; pero las cosas mismas celestes necesitaban serlo por víctimas más preciosas que aquellos (7). » Contémplese la expiación de todo el mundo, esto es, de las regiones celestes, terrestres ó inferiores, y se verá cuántas víctimas serían necesarias:

(1) *Que non rapui, tunc exsolvabam.* Salm. LVIII.

(2) *Sequitur placitum aliud Origenis de morte Christi, ut hominibus solum utili, sed angelis etiam, et sideribus, ac rebus creatis quibuscumque.* HURT. Origen. II, c. 2, 3ª vez, nº 20.

(3) *Colos.*, I, 20; *Ephes.*, I, 10.—PALEY, en las *Horæ panline*, observa que estos dos textos son muy notables, « el atención á que esta unión de las cosas divinas y humanas es una idea muy singular que no se encuentra en otra parte más que en estas dos cartas. » Sin embargo, se halla expresada en la epístola á los Hebreos, IX, 23.

(4) *Rom.*, VIII, 22.

(5) *Cruz Salvatoris, non solum ea que in terra, sed etiam ea que in caelis erant, pacasse perhibetur.* JENÓN, ep. LIX ad Avitum, c. I, v. 22.

(6) « Nosotros sacrificamos por el bien de la tierra, del mar y de todo el universo. CRISÓST., Homil., LXX, in Johan. — Y San Francisco de Sales ha dicho que Jesucristo había sufrido principalmente por los hombres y en parte por los ángeles. » *Cartas*, lib. V, p. 33. Se ve que él (sin tratar de indagar cuál fuese su objeto) no limitaba el efecto de la redención á nuestro planeta.

(7) *Hebr.*, IX, 22.

pero solo el Cordero, pudo redimir los pecados del mundo entero (1).

Por otra parte, aunque Orígenes haya sido un gran autor, un grande hombre y uno de los más sublimes teólogos (2) que ilustraron la Iglesia, no es mi ánimo defender todas sus palabras, limitándome á cantar con ella:

Terra, pontus, astra mundus,
Hoc lavantur sanguine (lumine) (3).

Causarme admiración los escrúpulos de ciertos teólogos que rechazan la hipótesis de la pluralidad de los mundos por temor de que se halle en oposición con el dogma de la redención (4); de modo que, según ellos, debemos creer que el hombre, viajando por el espacio sobre su pobre planeta, circunscrito entre Marte y Venus (5), es el único ser inteligente del sistema, no siendo los otros planetas más que globos sin vida ni hermosura (6), lanzados en el espacio por el Criador, probablemente para divertirse y distraerse con ellos, como un jugador con los trucos. No; nunca se presentó al espíritu humano pensamiento más mezquino. Ya Demócrito en una célebre conversación dijo: « Guárdate, oh amigo, de empequeñecer en tu entendimiento la naturaleza que es tan grande (7); » no habría para nosotros disculpa si no nos aprovechásemos de este aviso, nosotros que vivimos en el seno de la luz, y que á su resplandor podemos contemplar la inteligencia suprema, en lugar de este vano fantasma de la naturaleza. No hagamos miserable al Ser infinito poniendo límites ridiculos á su amor y poder. ¿Hay cosa más cierta que esta proposición: Todo ha sido hecho por la inteligencia y para la inteligencia? ¿Un sistema planetario puede ser otra cosa más que un sistema de inteligencias? Y cada planeta en particular ¿puede ser otra cosa más que la morada de estas familias? ¿Qué hay, pues, de comun entre la materia y Dios? ¿El polvo lo conoce (8)? Si los habitantes de los otros planetas no son culpados como nosotros, no necesitan el mismo remedio, y si al contrario, el mismo remedio es necesario, ¿temen esos teólogos que la virtud del sacrificio, por el cual fuimos salvados, no pueda elevarse hasta la luna? Mucho más penetrante y contemplativa es la mirada de Orígenes cuando dice: *El altar estaba en Jerusalem; pero la sangre de la víctima bañó el universo* (9); no se juzgó, sin embargo,

(1) ORIG., Homil., XXIX.

(2) BOSSUET. Prefacio sobre la explicación del Apocalipsis, nº 27, 29.

(3) Himno del Viernes Santo.

(4) Se halla de esto un ejemplo notable en las notas con que Gerdil honró el último poema del cardenal Bernis.

(5) Nam venerem martemque inter natura locavit,
Et nimiam ah! miseros, spatii conclusit iniquis.
BOSSOWICH, *De sol. et lun. defect.*, I.

(6) *Iuanes et vacue.* Gén., I, 2.

(7) Carta de Hipócrates á Damags: auténtica ó no, poco importa.

(8) Numquid constabitur tibi pulvis? Salm. XXIX, 10.

(9) Hom. I in Levit, nº 3.

á sí mismo bastante autorizado para publicar cuanto sabía sobre este particular. « Para hablar de esta víctima de la ley de gracia, ofrecida por Cristo, y para hacer comprender una verdad superior á la inteligencia humana, sería necesario nada ménos que un hombre perfecto, acostumbrado á juzgar el bien y el mal y que estuviese en su derecho diciendo por pura acción de la verdad, *Nosotros predicamos la sabiduría á los perfectos* (1). Aquel á quien San Juan llamó *Cordero de Dios que quita los pecados del mundo* sirvió de expiación, según ciertas leyes desconocidas del universo, quiso someterse á la muerte en virtud del amor que tiene á los hombres, y rescatarnos con su sangre del poder de aquel que nos había seducido y al cual, por el pecado, habíamos sido vendidos (2).

De esta redención general verificada por el gran sacrificio, pasa Orígenes á las particulares que podrían llamarse diminutas; pero que siempre dependen del mismo principio. « Otras víctimas se nos presentan, los generosos mártires que dieron también su sangre: ¿pero dónde está el sabio que pueda comprender tales maravillas y penetrarlas con su entendimiento (3)? Se requieren profundas investigaciones para formarse una idea nada más que imperfectísima de la ley, en virtud de la cual esta clase de víctimas purifican á aquellos por quienes han sido ofrecidas. En vano se intentará acharcar al Ser Supremo, á quienes son ofrecidas por la salud de los hombres, un simulacro de crueldad; porque un ánimo elevado y vigoroso sabe rechazar las objeciones dirigidas contra la Providencia, sin revelar no obstante los últimos secretos (4), pues que tan profundos son los juicios de Dios y tan difíciles de explicar, que muchas almas débiles al intentarlo hallaron su caída; más supuesto que entre las naciones pasa por cierto que muchos hombres se dieron voluntariamente la muerte por la salud comun, como, por ejemplo, en caso de peste, y admitido que la eficacia de semejante generosidad fué reconocida hasta sobre la fe de la Escrituras por aquel fiel Clemente, de quien San Pablo dió tan bello testimonio (5), determínese el que estuviese tentado de blasfemar de misterios que excedan á la ordinaria extensión del entendimiento humano, á reconocer en los mártires algo que les sea semejante.

« El que mata á un animal venenoso merece bien, seguramente de todos aquellos á quienes hubiera podido dañar, del mismo modo también debemos creer que sucede con la muerte de los mártires algo parecido, que destruye los poderes maléficos y que proporciona á gran número de hombres auxilios maravillosos, en virtud

(1) I Cor. II, 6.

(2) Rom. VII, 14; Orig. Com. in evang. Job.

(3) En OSÉAS, XIV, 10.

(4) Ω; ἀπορρητοτέρων ὄντων, καὶ ὑπὲρ ἀνθρώπων φύσιν.

(5) Phil. IV, 3.

de cierta fuerza que no puede nombrarse (1). »
Ambas redenciones no difieren, pues, en naturaleza, sino tan solo en excelencia y resultados, según el mérito y poder de los agentes.

Para concluir, contemplemos la más bella de las analogías. El hombre culpado solo podía ser absuelto por medio de la sangre de las víctimas, y siendo esta lazo de reconciliación, el antiguo error creyó que los dioses acudían allá donde corría sangre sobre los altares, cosa que ni aun nuestros primeros doctores rechazaban, creyendo que los ángeles acudían á todas partes donde se derramaba la verdadera sangre de la hostia verdadera (2).

A consecuencia de las ideas mismas sobre la naturaleza y eficacia de los sacrificios los antiguos veían algo de misterioso en la comunión del cuerpo y la sangre de las víctimas, que, según ellos, lleva consigo el cumplimiento del sacrificio y de la unidad religiosa; por manera que durante mucho tiempo los Cristianos rehusaron comer carne inmolada por no comulgar (3).

La idea universal de la comunión por medio de la sangre, aunque viciada en su aplicación, era justa y profética en su raíz, lo mismo que aquella de que se derivaba.

En los incomprensibles designios del amor omnipotente, entró el de perpetuar hasta el fin del mundo, y por medios superiores á nuestra débil inteligencia, este mismo sacrificio, ofrecido materialmente una sola vez por la salud del género humano. Habiendo la carne separado del cielo al hombre, Dios se vistió de carne á fin de unirse al hombre por medio de lo que de él lo separaba; pero una bondad inmensa que combatía á una inmensa degradación, no era suficiente, y esta carne divinizada y perpetuamente inmolada es ofrecida al hombre bajo la forma exterior de alimento privilegiado, y quien rehusare comer de ella no vivirá. No hay en todo el mundo espiritual analogía más magnífica, mas portentosa proporción de intenciones y de medios, de efecto y de causa, de mal y de remedio; nada que demuestre de un modo más digno de Dios que el género humano ha confesado siempre aun antes de haberlo aprendido, su degradación radical, la reversibilidad de los méritos del inocente que paga por el culpado y la salud por medio de la sangre. »

POSTILLA. — En otro lugar (*Soirées de Saint-Petersbourg*) el mismo autor dijo: « Los hombres nunca dudaron de que la inocencia podía satisfacer por el delito, y creyeron además que había en la sangre una fuerza expia-

(1) PORFIR., *De abstín.* II. — AGUSTIN, *De civ. D.* X, 11. Orig. *adv. Cels.* III.

(2) CRISÓST. *Hom. III. Orat. de nat. Chr.*... Todos estos doctores hablaron de la realidad del sacrificio, pero ninguno más realmente que San Agustín cuando dice que el Hebreo convertido al Cristianismo bebía la misma sangre que había derramado. *Serm.* 77.

(3) Porque todos los que participan de una misma víctima son un mismo cuerpo. I *Cor.*, X, 17.

toria; de modo que la vida, que es la sangre, podía rescatar otra vida. Examínese esta creencia y se verá que si el mismo Dios no la hubiese puesto en el corazón del hombre, nunca hubiera podido tener principio. Las grandes palabras de superstición y preocupación no significan nada, porque no pudo nunca subsistir un error universal y constante. La creencia de que hablo no sufre excepciones de tiempo ni lugares. Naciones antiguas y modernas, bárbaras y civilizadas, épocas de ciencia y de sencillez, religiones verdaderas y falsas, no presentan ni una sola disonancia en el universo. La idea de pecado de tal modo se había unido antiguamente en el entendimiento del hombre con la de sacrificio por el pecado, que la lengua santa expresaba una y otra con la misma palabra, de modo que San Pablo dijo que el Salvador se hizo pecador por nosotros. (II *Cor.* V, 21) En esta teoría de los sacrificios se ingiere también el uso inexplicable de la circuncisión, practicado en tantas naciones antiguas y perpetuado hasta nuestros días por los descendientes de Israel y de Ismael con una constancia no menos inexplicable, y que los navegantes del último siglo encontraron en el Mar Pacífico, en Méjico, en la Dominica y en la América Septentrional, hasta los 30° de latitud. Pudieron algunas naciones variar en el modo; pero siempre se halla una operación dolorosa y sangrienta hecha sobre los órganos de la reproducción, esto es, anatema sobre la generación humana y salvación por medio de la sangre. Estos eran los dogmas que el hombre profesaba desde su caída, cuando la gran víctima que se elevó para atraerlo todo sobre sí, exclamó en el Calvario: *Todo está consumado.* Entónces el velo del templo se rasgó, conocióse el gran secreto del santuario cuanto podía serlo en aquel orden de cosas, y comprendimos por qué razón había creído el hombre siempre que un alma podía ser salvada por otra alma, y por qué motivo había buscado siempre su regeneración en la sangre. »

Para dar una noticia de los varios géneros de sacrificios, trasladaremos cuanto de ellos se dice en la *Enciclopedia popular* publicada por los mismos editores de nuestra obra:

« De sacro facere: así se llama á toda clase de ofrendas hechas á Dios sobre los altares, por un ministro legítimo, con objeto de prestarle homenaje é invocar su gracia; pero es necesario no confundirlas con las simples oblationes, por cuanto en el sacrificio, la cosa que se ofrece queda destruida, y en las oblationes permanece en su ser. El uso de los sacrificios es contemporáneo de la religión misma, porque son el rito principal del culto público, difiriendo según la variedad de religiones porque nunca han podido ser más que análogos al modo de vivir de los pueblos; los agrícolas han ofrecido en sacrificio á sus divinidades los frutos de la tierra; los nómadas la leche de sus rebaños; los cazadores y pescadores sus presas, etc. No nos detendre-

mos á hablar aquí de los sacrificios usados por todos los pueblos, porque sería materia sobrada vasta y fastidiosa para ser tratada extensamente, mas reduciéndonos á las noticias necesarias para comprender el culto de la antigüedad clásica y del Cristianismo, nos defendrémos tan solo en los que usaron los Hebreos, los paganos y los Cristianos, hablando por último de los sacrificios humanos.

Sacrificios de los Hebreos.

Se disputa si en un principio se hicieron sacrificios diferentes de los holocaustos. Los talmudistas aseguran que Abel no hizo otros, y por el contrario Grozio no cree que este patriarca haya ofrecido sacrificios cruentos; la versión latina favorece la primera opinión; pero el texto hebreo está por la segunda. De todos modos, el primer sacrificio incruento de los Hebreos, incontestable, es el que hizo Noé despues del diluvio (1). Habiendo conseguido Abraban una victoria sobre cuatro reyes, Melquisedec, que lo era de Salem, ofreció á Dios en sacrificio pan y vino como sacerdote del Altísimo, y bendijo á Abrahán (2). Dios, para confirmar su estrecha alianza con Abrahán y la certeza de las promesas que le hizo, le mandó inmolar una víctima (3). Jacob y Laban, para hacer paces, inmolan una víctima y juntos hacen un banquete (4). Job ofrecía todos los días un holocausto por los pecados de sus hijos. (5)

La ley de Moises no hizo otra cosa mas que regular la calidad, el número y las ocasiones de los sacrificios, que anteriormente á él hacia cada uno según su devoción, siendo ministro ó sacerdote de los que ofrecía. La ley atribuyó el honor del sacerdocio á la sola familia de Aaron.

Los Hebreos tenían dos clases de sacrificios, cruentos unos, incruentos otros, dividiéndose en tres especies que eran: el holocausto, el sacrificio de expiación y el sacrificio pacífico ó de gracias. Había además varias clases de ofrendas y una especie de sacrificio que consistía en dejar libre á uno de los dos gorriones que se ofrecían por la purificación de los leprosos, y al macho cabrío llamado emisario, que conducían á un lugar apartado y le daban libertad. Estos animales libertados de esta suerte eran considerados como víctimas de expiación, y cargados de las culpas de aquellos por quienes eran ofrecidos (6).

El holocausto se ofrecía y quemaba entero, menos la piel que quedaba para el sacerdote (7). El sacrificio de expiación por el que había tras-

(1) *Gén.* VIII, 20; IX, 3.

(2) *Id.*, XIV, 18.

(3) *Id.*, V, 19.

(4) *Id.*, XXXI, 61.

(5) *Job.*, I, 3.

(6) *Levit.* XIV, XV, XVI, etc.

(7) *Id.* I, 13.

porque solo se quemaba la grasa de la víctima quedando la carne para el sacerdote, que debía comerla en el lugar santo (1). Antes de derramar al pié de los altares la sangre de esta víctima, el sacerdote mojaba en ella el dedo y tocaba los cuatro ángulos del altar (2). Cuando el sacerdote sacrificaba por sus propios pecados y por los del pueblo, hacía siete veces la aspersion con la sangre de la víctima delante del velo del santuario, derramando el resto al pié del altar de los holocaustos. El sacrificio pacífico se ofrecía para dar gracias á Dios por los bienes recibidos y pedirle mercedes; no existía ley que lo prescribiese, limitándose esta á determinar que la víctima no fuese defectuosa y se contase en el número de las que podían ofrecerse; quemábanse tan solo los riñones y la grasa, se daba al sacerdote el pecho y la espalda derecha, perteneciendo lo restante á la persona que había dado la víctima (3). Los sacrificios de aves se ofrecían en tres ocasiones: 1° por el pecado cuando la persona no tenía suficientes facultades para dar una hostia de animal cuadrúpedo; 2° en la purificación de las mujeres despues del parto; 3° por aquellos que se purificaban de la lepra. El sacrificio del cabron emisario era un sacrificio incruento que se hacía el día de la expiación solemne. También había el sacrificio perpetuo, en el cual se inmolan cotidianamente dos corderos, uno por la mañana y otro por la tarde despues de puesto el sol (4).

Sacrificios de los paganos.

Los Griegos distinguían las siguientes clases de sacrificios: 1ª *λοκταία* ó *χαριστήρια*, votos ó libres ofrendas prometidas á los dioses con motivo de sucesos favorables ó abundantes mieses; este sacrificio recibía también el nombre de *Θυσία δωροφορικαι* (5) 2ª *Παστήρια* ó *διαλλακτικα*, ofrendas propiciatorias hechas para calmar la cólera de los dioses. 3ª *Αιτητικα*, sacrificios por el éxito favorable de una empresa cualquiera, porque los paganos creían que no debían dar principio á ninguna cosa importante sin haber obtenido antes la aprobación y asistencia de los dioses. 4ª *Τὰ ἀπόμαντα*, sacrificios impuestos por un oráculo.

En su principio no fueron los sacrificios sino simples ofrendas de plantas arrancadas de la tierra y reducidas á cenizas sobre los altares con los frutos y las hojas (6). Los Griegos las sustituyeron con mirra, incienso y perfumes exquisitos; de aquí los nombres de *Θυσ*, sacrificio, y *Θύειν*, sacrificar (7). Costó mucho trabajo el poner en uso los sacrificios de animales, por-

(1) *Id.* IV, V, VI, VII.

(2) *Deut.* XXVII, 7.

(3) *Lev.* III, 1.

(4) *Éxod.* XXIX, 38, 39, 40. *Num.*, XXIII, 3.

(5) *Suid.* en V. *Θυς*.

(6) *Porfir.*, *De abst.*, lib. II, segm. 6.

(7) *Ovid.*, *Fast.*, I, v. 337; *Plin.*, XIII, 16.

que por mucho tiempo repugnó al hombre degollar al animal que era su compañero de trabajo (1), delito que una ley consideraba como digno de muerte (2); pero el uso de la carne en los banquetes hizo variar de aspecto los sacrificios, de modo que la sangre de las víctimas se convirtió para los dioses en un homenaje mas precioso que las plantas y las raíces.

El sacrificio de la víctima se efectuaba despues de la ceremonia de las libaciones, cuyo nombre al principio no se aplicaba á las víctimas y sí á ofrendas de árboles, raíces, frutas y bellotas; sucedieron á estos rústicos dones los perfumes, cuyo uso se remonta hasta la guerra de Troya, y á los cuales sustituyeron los Griegos el cedro (3). Estas ofrendas, excepto las de uvas, higos y mirra, que se acompañaban con libaciones de vino, exigían tan solo libaciones de ínfimo valor. Antes de principiar el sacrificio cubriase el altar con hogazas saladas de cebada (4), porque la sal entraba como parte indispensable en las ofrendas hechas á los dioses, pues que siendo el emblema de la amistad sincera y de la hospitalidad, y entrando en todos los alimentos de los hombres, fué considerada como la ofrenda mas aceptable á los entes superiores á los mismos hombres. Por igual razon fué admitido en ellas el trigo, el pan, y especialmente la cebada, que fué el primer grano que los Griegos emplearon para alimentarse cuando dejaron de comer bellotas (5).

La eleccion de la víctima era la tercera y mas importante parte del sacrificio. Debía ser sana y sin deformidad alguna (6), para lo cual se requería un exámen por parte del sacerdote; pero en Esparta, donde no pudo introducirse la magnificencia del culto, se sacrificaban á menudo víctimas defectuosas y mutiladas, bastando, segun decían ellos, que el alma de la víctima fuese pura para que pudiese ser accepta á la Divinidad (7).

La eleccion de los animales dependía de la profesion del ciudadano que ofrecía el sacrificio: el pastor sacrificaba un cordero, el boyero un novillo y el pescador algunos peces escogidos. Había ciertos animales destinados particularmente al culto de ciertas divinidades: al sol se sacrificaba un caballo, á Diana una cierva, una perra á Hecate, una paloma á Vénus, y requería Marte para sus altares algun animal feroz y silvestre. La puerca, animal pernicioso á las mieses, se sacrificaba á Ceres; el cabron, que devasta las vides, fué á su vez sacrificado á Baco (8): el toro, el buey, el novillo, la oveja, el cordero, etc., y entre las aves el gallo, el pollo, etc., eran de uso muy frecuente. Hasta se tenía en cuenta la edad: en la eleccion de

(1) ELIAN., *Var. hist.* V, 14.
(2) VARR., *De re rust.*, II, 5.
(3) PLIN., *Hist. nat.*, XIII, 1.
(4) SERV., *ad Virg. Aeneid.*, lib. II, 133.
(5) PAUSAN., *Attic.*; D'HALICARN., 442.
(6) HOM., *Il. A.* v. 66.
(7) PLAT., *en Alcib.*, 2.
(8) OVID., *Metam.*, lib. XV.

la víctima una novilla jóven y blanca se tenía por la víctima mas digna de los dioses (1); y ciertas águilas de un grueso mayor que el ordinario, que eran particulares del lago Copáide, eran el don mas general de los Beocios (2).

El lujo y la pompa de los sacrificios eran proporcionados á la riqueza del ciudadano que los hacía, porque la persona que siendo rica hubiera hecho una ofrenda modesta, habría excitado la cólera de los dioses; pero aquellos que no tenían facultades para inmolar un buey, podían presentar su imágen solamente: ademas se conseguían con mucha facilidad plazos dilatados para aquellos sacrificios que las leyes religiosas imponían como deberes indispensables. Con frecuencia se inmolaban muchas víctimas para los sacrificios, como vemos en las *hecatombes*, sacrificio de cien bueyes, así como en las *kiliombes*, sacrificio de mil. Posteriormente la palabra hecatombe se aplicaba no solo al sacrificio de cien víctimas, fuera cual fuese la especie de los animales, sino también á los sacrificios compuestos de varias víctimas sin distinción (3). Igualmente hallamos mencionado un sacrificio de seis víctimas: una oveja, una cabra, un cerdo, un pollo, un ganso y un buey hechos de pasta (4). Se llama *τριπτος* al sacrificio de tres víctimas y *δωδεκα θυσια* cuando se hacía de doce víctimas (5).

La hora de los sacrificios solemnes variaba segun los dioses: á las divinidades celestes se sacrificaba por la mañana á la salida del sol ó á lo ménos de dia claro; á los manes y divinidades infernales que gustaban de las tinieblas, se las prestaba homenaje despues de puesto el sol, todo lo mas á media noche, hora consagrada á los ritos mágicos que Hecate patrocinaba (6). Todas las cosas preparadas, las hogazas saladas de cebada, las coronas, cuchillos y demas utensilios se ponían en un cesto llamado *ζυγος*.

Conducida la víctima al altar, el sacerdote extendía la diestra sobre ella, la rociaba con miel y agua sagrada, así como al pueblo reunido, con una redoma que tomaba del altar, ó bien con un ramo de laurel. El agua con que se hacían las aspersiones se llamaba *χέρνιβη*, y era la que se empleaba en las purificaciones. El sacerdote purificaba también los vasos con cebolla, agua, azufre y huevo.

Uno de los sacerdotes exclamaba en alta voz: *¿Quién va?* y respondía el pueblo: *Gente buena*. El sacerdote entonces invitaba al pueblo á que se uniese á él en las oraciones, á fin de que las ofrendas fuesen acceptas á los dioses y sirviesen para obtener sus gracias (7). El pregonero imponía silencio; el sacerdote examinaba escru-

(1) HOM., *Il.*, K, v. 282; *Odís.*, T, v. 292.
(2) ATHEN., VII.
(3) EUSTHAT., *ad Il. A.* y *Odís.* P, v. 5.
(4) SUID., *en v. Boov.*
(5) EUSTHAT., *en Odís.*
(6) APOL., *en Argon.*, lib. I.
(7) PLIN., *Hist. nat.* XXVIII, 2.

pulosamente todos los miembros de la víctima para ver si estaban sanos, y para conocer si lo estaba también interiormente, le daban de comer, por manera que si tomaba alimento, se admitía, y si no, se rehusaba. Para convencerse de que este sacrificio era acepto á los dioses, el sacerdote hacía pasar el cuchillo á lo largo de la víctima, desde la cabeza hasta la rabadilla, y si durante está operacion ella se agitaba, significaba que los dioses no eran favorables. Entonces volvían á orar; el sacerdote llenaba de vino una taza, la llevaba á los labios, la presentaba á los circunstantes y derramaba las últimas gotas entre los cuernos de la víctima. Tomaba con tres dedos incienso y otros perfumes del incensario y los ponía sobre el altar y la cabeza de la víctima (1); despues le derramaba agua lustral sobre la espalda; ponía encima de ella algunas hogazas, el resto de las cuales consagraba sobre el altar con otra oracion. Despues de esto el sacerdote, ó en su defecto la persona mas caracterizada de entre los asistentes, hería al animal (2) hundiéndolo el cuchillo en el cuello: si el animal se sustraía al golpe, se resistía á morir ó espiraba entre violentas convulsiones, se tenía por no acepto á los dioses y era uno de los mas siniestros presagios.

Mientras que descuartizaban á la víctima y preparaban la hoguera, le hundía su cuchillo el sacerdote en las entrañas (3) para leer en ellas la voluntad de los dioses. Derramaban la sangre en un vaso que despues se colocaba encima del altar, y para avivar el fuego lo rociaban con aceite é incienso. Así se iba consumiendo sobre el altar la ofrenda reservada á los dioses, que consistía en los muslos del animal, los cuales se untaban con grasa á fin de que ardiesen con mayor facilidad, porque se creía entonces que el sacrificio era acepto solo cuando nada quedaba de la víctima ofrecida en holocausto. Mientras que esta se consumía, el sacerdote extendía las manos sobre el altar y dirigía oraciones á los dioses.

Armoniosos conciertos contribuían algunas veces á animar la solemnidad (4), especialmente cuando prestaban homenaje á las divinidades del aire, á las cuales suponían amantes de la música. Formaban también coros al rededor del altar, bailaban al compas de ciertos himnos divididos en varias partes, esto es, la estrofa, mientras que el coro bailaba de Oriente á Occidente, la antestrofa cuando se volvía bailando de Occidente á Oriente; y el épodo lo cantaban delante del altar. El instrumento músico mas usual en los sacrificios era la flauta, de donde tomó origen la expresion proverbial *ωλητόν βιον ζην*, para indicar á aquellos que viven á costa ajena, por qué los tocadores de flauta re-

(1) OVID., *Tart.*, lib. II.
(2) HOM., *Odís.*
(3) HEURÍPID., *Elect.*, v. 623.
(4) PLUT., *Symp.*, II, 9.

comían siempre en los sacrificios una buena porcion de carne (1).

El sacerdote tenía en los sacrificios una parte determinada. En Atenas los magistrados llamados *πρυτάνεις* tenían derecho á un quinto; en Esparta la mejor parte de los despojos de las víctimas pertenecía á los arcagetas. Cada uno de los asistentes tomaba por buen augurio algun pedazo de la víctima, uso que en Atenas llegó á ser ley. Las personas avaras vendían la parte que les correspondía, y á veces se enviaba esta á los amigos que se hallaban ausentes (2).

Por lo general el sacrificio terminaba con un banquete en el mismo templo. En los sacrificios de Vesta se hacían desaparecer hasta los últimos restos del banquete, el cual debía concluir antes de ponerse el sol. En todas las ciudades se había prescrito un tiempo determinado (3) para su duracion: despues había juegos, concluidos los cuales volvían al altar para ofrecer una libacion á Júpiter el perfecto (*Τελειός*). Despues de haber dado gracias con toda solemnidad, el que presidia el banquete despedía á la reunion con las palabras: *λαοῖς ἀφαισις* (4).

Véanse las leyes griegas concernientes á los sacrificios:

« Ofrézcanse en los sacrificios frutos de la tierra. » Era una ley de Triptolemo (5).

« Hónrese públicamente á los dioses y héroes de la patria, debiendo ofrecerse á su aniversario, particularmente y sobre todo, frutos y hogazas (6). »

« El valor del carnero que se ofrezca á los dioses será de una dracma, el del dimimno de cebada de diez y ocho dracmas (7). »

« Las víctimas que se ofrezcan en sacrificio serán escogidas (8). »

« El que haga un sacrificio llevará á su familia parte de la ofrenda (9). »

« Lo restante del sacrificio pertenecerá al sacerdote (10). »

« No habrá sacrificios en las fiestas Aloas (*Αλωα*) de víctima alguna en honor de Ceres ó Baco (11). »

« Se celebrarán sacrificios al principio de cada mes (12). »

« Los parientes elegirán cada año entre los habitantes ilegítimos ó entre sus descendientes un sacerdote que oficiará en los sacrificios mensuales (13). »

« No se ofrecerán bueyes á los manes (14). »

(1) SUID., *en v. Αωλητ.*
(2) TEOC., *Idyl.*, v. 130.
(3) ATHEN., *Dipnosoph.*, lib. V, 4.
(4) APUL., *Met.*, lib. último.
(5) PORPH., *Περὶ ἀπορχης τῶν ἐμψυγῶν*.
(6) LEYES DE DRACON. PORPH., I, c.
(7) LEYES Suntuarias de Solon. PLUT., *en Solon.*, p. 91.
(8) Id.
(9) Schol. *Aristoph. en Plut.*, v. 227.
(10) Id., *en Vesp.*, v. 693.
(11) DEMÓST., *en Near.*
(12) LIBAN., *Declam.*, 8, p. 328; ATHEN., lib. VI.
(13) ATHEN., lib. VI, c. 6.
(14) PLUT., *en Solon.*, p. 90.